

## ¿QUE ES LA CIUDAD CATOLICA?

POR

ESTANISLAO CANTERO

Queridos amigos: Este foro pretende ser una presentación de nuestra labor para quienes acuden por primera vez y un insistente recordatorio de nuestra tarea para quienes en sucesivas ocasiones nos han acompañado en nuestras reuniones.

Como se dice en el folleto de presentación *¿Qué es la Ciudad católica?* es una agrupación de seglares que se proponen el estudio de la doctrina social de la Iglesia con vistas a su realización práctica.

No pertenece a la Acción Católica, organismo directamente dependiente de la Jerarquía Eclesiástica. Por consiguiente no compromete a la Iglesia. Tampoco es un partido político, ni podrá serlo nunca. Ocupa una posición intermedia entre ambos.

La tarea que se ha impuesto es únicamente formativa. Lo que no excluye la acción política de sus miembros, que, como es lógico, aspirarán a la aplicación de la verdad adquirida. Pero su actuación en este campo es exclusivamente personal. Sólo el mínimo núcleo central, para conservar una mayor objetividad e independencia, se ha impuesto, voluntariamente, la obligación de no intervenir en política activa.

La Ciudad católica se limita a estudiar y difundir la doctrina de la Iglesia, tal como ha sido enunciada por los Soberanos Pontífices y la Jerarquía Eclesiástica.

Así pues, y tal como decía uno de nuestros amigos, la Ciudad católica es algo tan sencillo como eso: un grupo de amigos. Pues no nos liga relación alguna de dependencia diferente de la amistad. Es decir, de un afecto puro y desinteresado, que nace

de la mutua estimación y simpatía. Pero se trata de una amistad cuyo vínculo se encuentra en la Verdad. No hay pues estructuración ni dependencia rígida, monolítica, excluyente. La única condición se encuentra en el servicio a la Verdad. Mientras éste perdure, perdurará el vínculo, que desaparecerá cuando éste se rompa.

Por eso, no dependemos más que de nosotros mismos, e intelectualmente no tenemos otra limitación que la enseñanza de nuestra Santa Madre Iglesia a cuya obediencia estamos sometidos por nuestra condición de católicos y por nuestra expresa manifestación de esa condición de nuestra obra que se propone el estudio y la difusión de la doctrina social de la Iglesia, de manera que llegue a conocimiento de un amplio número de personas y se difunda respecto a todos los problemas de la vida humana en los que la Iglesia marca los principios doctrinales fundamentales, conforme a los cuales debe restaurarse e instaurarse la Ciudad católica, tal como indicó San Pío X, en cita sobradamente conocida por nuestros amigos, al ir estampada en la contraportada de *Verbo*.

De ella precisamente toma el nombre la Ciudad católica. Porque eso es lo que nos proponemos: instaurar y restaurar la Ciudad católica sobre sus fundamentos naturales y divinos.

Y este propósito no es una iniciativa privada, no es algo que se nos haya ocurrido a nosotros; no se trata de un ideal —utópico o no— entre otros que puedan proponerse para la sociedad. Como ha escrito Jean Madiran, «el proyecto de instaurar y restaurar la Ciudad católica no es, por cierto, una utopía arbitraria, nacida en cerebros de individuos "sin mandato"; no es una iniciativa privada. Es una proposición, una enseñanza de San Pío X dirigida especialmente a Francia, pero imprimiendo a su palabra un impulso de carácter general» ... «Nos encontramos ante una consideración enunciada no en tono dubitativo, sino muy decidido, perfectamente claro, y aparentemente ante una doctrina de la civilización en sí, en su esencia» ... «esto no excluye, por cierto, que pueda haber de ello distintas realizaciones; San Pío X no lo dice en ese lugar; habla de otra cosa: del

concepto mismo de la Ciudad católica. El sentido obvio es que existe, al nivel de la esencia, una única concepción posible o válida y no varias».

Así, pues, nuestro propósito no sólo está claramente avalado por la doctrina de la Iglesia, sino que responde a la solicitud expresamente formulada por San Pío X, que en modo alguno puede considerarse caduca, pues se trata de realizar el Reinado Social de Nuestro Señor Jesucristo que Pío XI indicó claramente al establecer la festividad de Cristo Rey. Se trata, pues, de conseguir una sociedad que como indicó Pío XII, «puede legítimamente llamarse cristiana y católica» cuando, «respetuosa de los derechos de Dios, se prohíbe a sí misma traspasar los límites señalados por la doctrina y la moral de la Iglesia».

Sin duda, nuestro propósito no es, ni puede serlo, exclusivamente nuestro. Hay o puede haber, sin duda, otros grupos que se propongan análogo fin, como así tiene que ser entre católicos fieles a la Santa Madre Iglesia. Pero sí hay algo específico que caracteriza nuestra labor y la forma de realizarla.

En primer lugar, como ha indicado Vallet de Goytisolo, «nuestra tarea no es una acción política concreta. Consiste... en realizar una labor auxiliar, la más profunda posible, para la restauración del tejido social y político, en todos sus niveles, desde la misma raíz y base».

Por ese mismo carácter de labor auxiliar, su acción es difusora, centrífuga y no centrípeta. No se pretende una gran organización que crezca cada vez más con muchos afiliados que no esperan más que unas «órdenes» para actuar. No se pretende acaparar personas o grupos ya constituidos, sino facilitar a esas personas y a esos grupos elementos suficientes para que puedan actuar en sus específicos campos. Y lo que se aporta es una formación suficiente para posibilitar esa acción.

Nada se ha hecho en la historia duradero y eficaz sin la labor de un pequeño número de personas preparadas y entregadas a un ideal. Nuestro trabajo no es una obra de masas. Esto no significa ni despreciar el trabajo de quienes se preocupan de aliviar el sufrimiento de los más, ni despreciar a las multitudes

preocupadas por las penalidades cotidianas. Pueden ser necesarias y, sin duda, lo son múltiples organizaciones distintas, pero cada cual ha de ser la adecuada al fin que se propone. El fin de nuestra obra consiste en la formación intensiva de hombres que irradian en su entorno la luz de la verdad.

Para la restauración del tejido social y político es preciso, como ha indicado Vallet, «comenzar por la formación de unas élites que sean capaces de actuar en aquellos medios más estrechamente entreligados con la naturaleza de las cosas, para reconstituir, a partir de ahí, la sociedad desde sus cimientos naturales y cristianos».

Y esta tarea de formación de unas élites es algo esencial. Sin ellas no puede haber verdadera sociedad, al desaparecer ésta en un conglomerado amorfo donde los individuos están inermes ante el poder de un Estado al que, de ese modo, se facilita el camino hacia el totalitarismo. Sin élites no hay verdaderos grupos sociales, cuerpos intermedios auténticos, conscientes de que sus libertades son las garantías de las libertades de los hombres que los componen.

Y para la formación de esas élites es preciso una labor de formación doctrinal. Hemos insistido frecuentemente en esta necesidad imperiosa de la formación doctrinal. Volvemos una vez más a insistir en ella, porque sin ella, que es una de nuestras tareas específicas, no será en absoluto posible el fin que nos proponemos de restaurar e instaurar la Ciudad católica; no será posible rehacer una sociedad que se tambalea desde sus mismos cimientos.

Y, ¿por qué es tan necesaria esta formación doctrinal? En primer lugar, porque es preciso saber qué es lo que queremos y qué es lo que rechazamos. Y por qué lo queremos y por qué lo rechazamos. Y de qué forma se puede lograr, y hasta qué punto unas situaciones determinadas se ajustan o no al fin propuesto y qué cosas contribuyen a él y cuáles nos apartan del mismo. Eugenio Vegas, al diagnosticar en *La causa del mal*, en 1936, el mal endémico que padecía España, escribió: «El desconocimiento de las verdades políticas y sociales por parte de las clases direc-

toras durante cerca de dos siglos ha sido la causa de que el mal, introducido por los ministros de Carlos III, creciese y se propagase, haciendo estériles todos los esfuerzos en contrario, hasta traernos a la angustiada situación en que nos encontramos. Mientras perdure la incultura política, que hoy continúa reinando, será inútil cuanto se haga para sacarnos del caos actual».

Con frecuencia escuchamos a gente que se lamenta de la situación, del caos actual, pero que se limita a eso, a lamentarse, sin poner de su parte nada o muy poco que posibilite salir de esa situación. Otros, por el contrario, insisten en que es tiempo de actuar, que es preciso pasar a la acción ante la situación gravísima en que vivimos.

Tanto a unos como a los otros es preciso decirles que sí, que hay que hacer algo. La formación doctrinal es una respuesta, la primera, pues es necesario saber para poder hacer. Es una postura absurda, ridícula, el lamentarse cuando está al alcance de cualquiera la tarea de formarse y ayudar a formarse a los demás.

Por otra parte, a quienes, angustiados por las circunstancias presentes, están deseando actuar, hay que decirles que es preciso saber qué es lo que se debe hacer. Hay que evitar los peligros de un mero activismo que, con frecuencia, puede resultar una cómoda vía de escape a tareas más urgentes que ese actuar que se presenta como parentorio.

Esa llamada a la acción puede conducir a un fracaso total o a una inactividad final, a una vía muerta, cuando nos damos cuenta de que esa acción agota nuestras fuerzas en sí misma y que nada se ha logrado. Porque se gastó la pólvora en salvas al hacer algo que no debía hacerse, porque no se meditó previamente qué es lo que había que hacer. Con el consiguiente peligro de producir el desánimo, el cansancio, la desesperanza que conducen a la renuncia a cualquier otra labor.

Ese algo que hay que hacer incluye también el estudio. Estudiar no es solamente una actitud pasiva, no es perder el tiempo. Al contrario, es ganar tiempo, porque el estudio es el fundamento de la acción. El hombre, cuando estudia, hace algo muy importante: aprende, se forma, enseña. Aprende a querer a su

patria, a conocerla. A saber su historia y las doctrinas e ideas que la configuraron y forman parte de su ser. Y se forma adquiriendo los conocimientos básicos que posibilitarán todo su comportamiento futuro, ordenado y eficaz. Y, enseña a los demás, colaborando en su formación y en su aprendizaje. Y esto es esencial.

Con frecuencia se suele contraponer contemplación y acción, como si ambas estuvieran reñidas, como si el estudio paralizara la acción o la acción imposibilitara el estudio. Nada más falso. Como señala Vallet de Goytisolo, «contemplación y acción, en algunas perspectivas, nos son presentadas como contrapuestas y antitéticas. Sin embargo, no hay entre ellas una antítesis dialéctica sino una complementariedad. Forman un binomio, en el cual cada elemento contribuye a extender y fortalecer al otro, aun cuando para esta transfusión de savia vital se requiera una prioridad, no sólo cronológica sino también ontológica de la contemplación».

Es decir, no cabe acción constructiva, eficaz, sin el estudio previo que sea fundamento de ella. «Contemplación y acción —escribía Sciacca— no se excluyen, se complementan. Mejor aún, la contemplación es el fundamento necesario de la acción. Quien se para para ver o contemplar, quien ha visto, sabe: si no sabe, si no contempla, ¿qué hace? No hace, deshace o hace más de lo necesario. El hacer sin el contemplar nunca es verdadero hacer sino destruir».

Eugenio Vegas, por su parte, tras señalar los males de una política realizada por los partidos no revolucionarios que no supieron combatir el mal en su raíz, trazaba la relación que existe entre doctrina y acción cuando, en febrero de 1936, escribía: «Hay algo más que hacer que hablar y exponerse inconscientemente a morir en una convulsión social. Hay un deber de prestación personal que obliga a poner a contribución diaria la inteligencia y el brazo y la alcancía. Y hay una misión de sacrificio que cumplir, que un día cualquiera pueda exigírnos la vida, a la par heroica y razonablemente». Y, tras estas palabras, añadía: «Hace falta saber lo que se ha de creer y lo que se ha de obrar.

El entusiasmo no suple a la inteligencia. El entusiasmo por sí solo es potencia ciega, estéril o contraproducente si no va encauzado por el conocimiento de lo que debe perseguir y de los medios para lograrlo». Conocimiento que sólo con el estudio se puede adquirir. Acción que ha de fundamentarse en una doctrina.

El mismo Eugenio Vegas lo ha repetido con frecuencia: «Al lado de la doctrina hace falta la acción. La una es complemento de la otra. Acción sin doctrina vale como edificar en arena. Doctrina sin acción es un levantar castillos en el aire. Es necesario que la inteligencia nos enseñe la verdad para que la voluntad la realice. ¡Acción! ¡Hay que actuar! Ante los males de la religión y de la patria a nadie es lícito permanecer ocioso. Pero no basta actuar, hay que hacer obras útiles. Por lo que es indispensable antes de actuar saber con precisión qué es lo que se debe hacer».

Así, pues, si la hora de la acción ha llegado, si hay que actuar, es preciso determinar por dónde debe comenzar esa acción.

Toda acción humana, para construir algo, para ser eficaz —y nosotros pretendemos que la nuestra lo sea— necesita ser pensada, planeada, proyectada. El edificio, aunque a la vista comienza cuando se van colocando los cimientos, en realidad ha comenzado antes, cuando el arquitecto realiza el proyecto. E, incluso antes, cuando el futuro arquitecto comienza sus estudios. Y lo mismo podría decirse de las demás personas que colaboran en la construcción de la casa. Igualmente, la victoria de un ejército concluye en el campo de batalla, pero ha comenzado mucho antes, en la preparación de ese ejército y en los planes del Estado Mayor.

Además, esa acción que decimos que tiene que ser pensada, planeada, proyectada, ha de serlo con racionalidad, con inteligencia. No basta con pararse a pensar o a planear o proyectar cosas si faltan los fundamentos que permitan que esta tarea pueda de verdad realizarse. El ingeniero puede meditar durante horas y horas, planear con todo cuidado cómo va a realizarse una intervención quirúrgica. No por ello el fracaso será menor que si no la hubiera meditado. Del mismo modo el médico puede pen-

sar y pensar acerca de cómo debe ser un avión y hasta dibujar un plano precioso. A nadie se le ocurriría que dicho avión fuera viable.

Por ello, la acción tiene que comenzar en el estudio. Un estudio racional, sistemático, planeado. Y de la diversificación de ese estudio nacerán los diversos saberes prácticos adecuados a cada tipo de acción que se quiera realizar. Estudio, por consiguiente, a la medida de las personas. Desde los puntos básicos y fundamentales hasta el carácter exhaustivo de una cuestión cuando ello sea preciso. Y estudio, también dirigido a la fundamentación de las acciones que queramos emprender.

Y nada más alejado de la realidad que pensar que con ello se pierde el tiempo. Nada más erróneo, improductivo y peligroso que rechazar el estudio por pensar que para nada «sirve» sentarse a «perder el tiempo». Habría que preguntar, a cuantos piensan de esa manera, qué es lo que ellos «hacen». Qué es lo que ellos han realizado en bien de la causa. ¿Algo efectivo, duradero, serio, verdadero? O, por el contrario, ¿algo efímero, impreciso que, como humo, se desvaneció en el aire?

Antes decía que el estudio, lejos de perder el tiempo, era ganar tiempo. En efecto, toda obra humana se desarrolla con más rapidez y precisión cuanto más preparado está el que la ejecuta, cuando a la hora de realizarla —que es el momento de la acción propiamente dicha— menos ha de detenerse a pensarla o a prepararse para poder iniciarla o continuarla. El estudio permite ganar tiempo cuando el momento de la acción ha llegado. En ese momento se está preparado para ejecutar la acción sin pérdida de tiempo, porque ésta surge con naturalidad y adecuadamente al objeto que se propone. Lo contrario sí es perder el tiempo, y una pérdida de tiempo que, normalmente, no perdona. Una pérdida de tiempo que hace estéril la acción, porque no se sabe qué es lo que hay que hacer, aun cuando se sepa qué es lo que se quiere conseguir.

Así, pues, necesidad de la formación doctrinal. Conocer la verdad, estudiarla y difundirla. Este es el objetivo de la Ciudad católica. Para ello, la Ciudad católica propone el trabajo en cé-



lulas o grupos de estudio, para formar sólidamente en la doctrina social y política de la Iglesia al mayor número posible. A esto os invitamos a los que acudís por primera vez y os reiteramos a los que nos habéis acompañado en otras ocasiones. En el folleto *¿Qué es la Ciudad católica?* tenéis suficientes indicaciones para empezar a realizar este trabajo. Y digo trabajo porque se trata precisamente de trabajar; una célula o grupo de estudio se constituye para esa labor. No es una tertulia de amigos donde comentar las desgracias actuales, no es una tertulia de lamentaciones, sino un grupo que trabaja sobre un texto previamente seleccionado, que se ciñe a él y en que las dudas han de dilucidarse siempre, en última instancia, no por la creencia subjetiva de alguno de sus miembros, sino por la voz autorizada del Magisterio eclesiástico.

Pero la formación doctrinal no tiene por objeto la adquisición de conocimientos para guardarlos dentro de nosotros mismos. Se trata de una formación para la acción, de una acción cultural. Se trata de introducir en los cuerpos sociales las enseñanzas que hemos adquirido. Poco conseguiremos con encerrarnos en la torre de marfil de nuestra propia sabiduría si ésta no se difundiera hacia los demás, hacia los cuerpos sociales y los notables de todas las actividades.

«Se trata —como escribe Vallet— de una acción capilar; diversificada y subdividida en múltiples acciones plurales, complementarias, organizadas, en el ámbito de esos mediadores naturales de la acción político-social que son los grupos, las asociaciones, los cuerpos intermedios, los periódicos, las revistas... Debe ser una acción educadora». «Nuestra obra es una obra esencialmente de promoción; una obra auxiliar, de asistencia, de información, de concertación, al servicio de los notables de la vida social».

«Acción concertadora que, incluso, debe elevarse hasta alcanzar ámbito nacional en encuentros y entendimientos entre los notables más calificados para actuar al más alto nivel del destino de la patria».

«Pero, lo primero, lo más urgente, lo inmediato es hoy vol-

ver a restaurar en el nivel más a ras de tierra de las colectividades locales, de las libertades y de los intereses profesionales, municipales, comarcales y regionales...». «Hay que organizar redes de sostén, de protección, de información y de orientación para esos hombres. Debemos ponerlos en contacto y concertarles, ayudarles a mantenerse en su puesto, decidirles a defender su frente familiar, profesional o ciudadano». «Esto es lo que, precisamente, pretendemos hacer, lo que venimos intentando y lo que queremos conseguir».

*Speiro* tiene un crecido número de publicaciones a propósito para esta tarea. Desde los manuales básicos y las actas de las sucesivas reuniones hasta pequeños folletos donde se tratan cuestiones específicas. Os invitamos a todos a iniciar esa tarea o a manteneros en ella. La revista *Verbo* y su colección ofrece, además, un material que constituye un verdadero arsenal de doctrina y pensamiento.

Y todos podemos hacer algo. Y debemos hacerlo. Las ideas, por muy verdaderas que sean no triunfan por sí mismas. Es preciso vivirlas y comunicarlas a los demás. Es preciso, por tanto, hombres que, conscientes de la importancia de la tarea doctrinal y formativa, se esfuercen por difundirla, en darla a conocer. Hablando a sus amigos, a sus compañeros de trabajo. Difundiendo *Verbo*, suscribiéndose, haciendo suscribir a los familiares, a los amigos, a los compañeros.

Iniciando nuevas células para el estudio de la doctrina. Siempre habrá algún tema interesante con el que comenzar. Y de ese se puede pasar a otros. Como dice Ousset, no importa por dónde se comience con tal de estudiarlo todo. Y todo tipo de personas son susceptibles de interesarse por una célula que estudie las cuestiones que le interesan: si el orden social, se puede empezar por *Fundamentos de la política*, si la economía y los sindicatos, por *El trabajo*; si el marxismo, por *Marxismo y revolución*; si los cuerpos intermedios, por el libro del mismo título; si la familia, por las actas del congreso dedicado a ella. Si se trata de católicos practicantes que les interese la perspectiva más amplia y completa, por *Para que El reino*. Y, así, sucesivamente. Se

puede, también, comenzar por algún artículo de *Verbo*. O por algún folleto. En el índice de nuestra revista, que abarca los 200 primeros números y en los índices finales de las sucesivas series, hay una buena referencia para los diversos temas. Y en el catálogo de nuestros libros igualmente.

La obra por realizar es inmensa. Ello no debe desanimarnos. Hemos de ser conscientes de la dificultad de la tarea y saber que trabajamos para un mañana lejano. Pero eso, lejos de paralizarnos, debe servirnos de mayor estímulo y acicate. Por otra parte, hay tareas más específicas y concretas que el restablecimiento del Reinado social de Nuestro Señor, que la restauración de la Ciudad católica, que pueden realizarse a corto plazo. El conocer la dificultad de la tarea servirá para que no cunda el desaliento cuando veamos que la meta está aún lejana.

La Cristiandad se deshizo, sobre todo, cuando las minorías dirigentes fueron ganadas por las falsas ideas del protestantismo y de la Ilustración. Lo que pone de relieve la importancia de las ideas. Pero necesitaron, cuanto menos dos siglos largos, hasta llegar a las posiciones actuales. Esto nos ilustra acerca del tesón de unos hombres puestos al servicio del error. Ello debe servirnos de estímulo para perseverar o iniciar la tarea a la que os invitamos. Y pensemos que nada se hace del día a la noche. Si nuestros antepasados hubieran pensado de ese modo, el suelo que pisamos, que otros pisarían, sería tierra musulmana. Y si siempre es agradable contemplar el éxito de la tarea emprendida, no olvidemos que, como nos recordaba Abelardo de Armas al clausurar la XX Reunión de amigos de la Ciudad católica, «Cristo no pide éxitos, sino que luchemos». Sin olvidar, tampoco, por otra parte, que el éxito debe considerarse en función de la tarea. El mero hecho de poner manos a la obra y perseverar en ella es ya un éxito futuro. El no contemplar la catedral finalizada no era obstáculo para comenzarla a edificar. De otro modo no habría habido catedrales. Y, del mismo modo, los apóstoles se hubieran encerrado en sus casas.

Así, pues, trabajemos todos en aras de esa Ciudad católica

en la que sea para todos más fácil alcanzar el reino de Dios en la salvación eterna.

La labor de *Speiro*, nuestra labor queda ya dicha y Ousset lo ha repetido con frecuencia, no está caracterizada por la doctrina como tal, puesto que ella debería ser profesada, como en un solo corazón, por todos los católicos. Lo que nos caracteriza, como ha repetido el mismo Ousset es, esencialmente, que utilicemos un determinado estilo de combate. Un cierto estilo de acción.

Un cierto estilo de acción caracterizado por la omnipresencia de fórmulas múltiples. Obra auxiliar, puesto que no es creando nuevos organismos como pretendemos alcanzar un cierto grado de eficacia, sino, como también ha dicho Ousset, «tratando de proporcionar un superalimento vitaminado y favorecer el desarrollo doctrinal a los organismos ya existentes que, ciertamente, tienen sus defectos, pero que no resultan totalmente rechazables si se les examina de cerca». Complemento doctrinal que les ayude a caminar con pie firme y les permita ver las cosas con una amplia visión en lugar de limitarse a los acontecimientos a corto plazo.

Si contemplamos el itinerario seguido por la Revolución y los logros por ella conseguidos, veremos que si bien es cierto que sabe explotar y aprovecharse del menor acontecimiento cuando éste se produce, no cabe duda que sabe recuperarse cuando encaja un golpe sin que ello sea obstáculo para su continuo progreso. Sus hombres saben hacia dónde tienen que ir y disponen de métodos de combate suficientemente probados.

Sin utilizar los métodos revolucionarios, pretendemos que nuestros amigos se apliquen a utilizar nuestros métodos, muy diferentes de los revolucionarios, tan en serio como ellos aplican los suyos (Ousset). Frente a una dedicación plena, absoluta de los revolucionarios, formados en escuelas de mandos, en Moscú, Cuba o Pekín, con frecuencia no encontramos entre nosotros sino el amateur. Pretendemos formar personas que trabajen arduamente y conozcan su oficio. Que no se contenten con charlas de café o de salón.

No pretendemos de ningún modo, y es Ousset el que lo ha reiterado, una organización gregaria, porque rehuímos por principio las fórmulas de combate masificadoras que tienden a agrupar las personas en una sola organización. Por el contrario, pretendemos suscitar la responsabilidad personal de cada uno, conscientes de que sólo de esa forma será posible revitalizar los múltiples cuerpos intermedios y grupos de toda clase que forman la sociedad.

Queremos suscitar un trabajo capilar en todas partes y por medio de todos los caminos posibles de las relaciones humanas y sabiendo sacar partido de esos caminos. Con una finalidad muy específica. La de introducir las ideas para suscitar, sobre todo, una élite de personas bien formadas que tengan el sentido de la acción y que sepan animar todo el entorno en que están integradas. Personas que no sean meros espectadores de la doctrina, sino que sean verdaderos animadores sociales.

Como ha indicado Ousset, resumiendo la orientación general de nuestro trabajo, hace más de 34 años: «Suscitar, animar todo aquello que pueda tender a remover un renacimiento católico en las instituciones y, para ello, la organización de una red estrecha de círculos de trabajo o células siempre actuantes como elementos auxiliares, encargados de proporcionar a los individuos o a los grupos ese complemento de doctrina de documentos, de elementos tácticos susceptibles de reforzar su acción».

Por eso, uno de nuestros amigos habla de *Speiro* como de un centro proveedor de ideas, resumiendo en esas palabras lo que nuestra obra se propone.

No cabe duda de que esta presentación no pretende ser tan sólo una exposición del propósito de nuestra obra, sino que ha querido ser, también, una llamada a la acción, a la participación en ella. Uno de los mayores obstáculos a toda tarea consiste, precisamente, en comenzarla. Una vez iniciada, resulta más fácil continuar en ella. Hay que vencer la pereza inicial, los hábitos adquiridos y decidirse a ello. Nada mejor que salir de aquí, al finalizar nuestra Reunión, con el propósito firme de hacerlo. Ahora bien, los mejores propósitos se enfrían si uno no resuelve, inme-

diatamente, a ponerlos en práctica. Por ello, éste es el momento, durante estos tres días, de concertar entre sí las personas de una misma ciudad, de una misma provincia. Este es, también, el objeto de nuestras reuniones. Tres días que han de servir para algo más que sentirnos entre amigos, disfrutar de la compañía de quienes piensan de un mismo modo o escuchar complacidos las diversas comunicaciones a esta Reunión.

De esta concertación entre personas que no se conocían, o que conociéndose no se habían decidido a poner manos a la obra, debe salir el nacimiento de diversas células de estudio a las que podrán incorporarse amigos que no han acudido o que, incluso, no conocen nuestra obra.

*Speiro* ofrece, en Madrid, en su local de José Abascal, lugar para reunirse a quienes quieran trabajar en una célula en la que comenzar la tarea. Quienes deseen incorporarse a ella no tienen más que comunicarlo durante estos tres días, que servirán para perfilar la materia que será objeto de estudio.

A quienes no sean de Madrid y les intimide comenzar, bien porque no saben por dónde empezar, bien porque crean que no están suficientemente formados, quiero decirles que desechen todo temor. Podemos indicarles, según su formación, composición o interés, por dónde comenzar, cómo hacerlo. Y, de ningún modo, hay que renunciar a la tarea por el temor a equivocarse. Sobre todo cuando se trate de la doctrina de la Iglesia. En último término, la discusión será cerrada por el propio magisterio de la Iglesia, a cuyos textos hay que remitirse. Quienes deseen comenzar al finalizar esta Reunión, disponen de tres días para preguntarnos, para que les hagamos indicaciones.

Sería aprovechar poco el tiempo, dilapidarlo, el haberse sentido aquí entre amigos, compartiendo las mismas ideas sobre los principios fundamentales de ordenación de la sociedad y volver a nuestras casas para continuar lamentándonos de lo mal que estamos pero sin decidirnos a trabajar.

Para quienes no estén en situación, por las razones que sean, de comenzar el estudio en células, lo que es extensivo a todos, siempre les cabe difundir *Verbo* entre sus amistades y familiares,

hablarles de nuestra obra, de forma que el cabo de algún tiempo tengan un núcleo con el que comenzar esa célula que desearían y que ahora no encuentran personas para ello.

En fin, si las dificultades parecen y hasta son grandes, ello no debe arredrarnos, sino que debe ser estímulo para que nos crezcamos ante ellas. Nada grande se ha hecho sin vencer múltiples dificultades: Reconquista, colonización y evangelización de América, Contrarreforma. España no se forjó en la comodidad, sino en la dificultad y el combate. Ese es nuestro ejemplo y nuestro estímulo. Combate por Cristo y con Cristo, que nunca nos abandonará si nos entregamos a El. Nada podemos ni debemos temer si realmente trabajamos para que El reine. El es nuestro guía y nuestro amparo.

Pongamos, pues, manos a la obra con la certeza de que El es nuestro premio.